

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, mayo de 1962

Núm. 119

Director: Sr. Presidente del Centro de Lectura

Depósito Legal - T. 20 - 1958

SUMARIO: «Pregón del XV Concurso-Exposición Nacional de Rosas», por OLEGUER HUGUET.
«XV Concurso - Exposición Nacional de Rosas». — «El Emporio rosalístico de Reus», por RAFAEL CASANOVAS ARGENTE. — «Sesión Académica dedicada a l'Aguer». — «Actividades del Centro». — «Servicio Meteorológico» y «Biblioteca, Estadística Mensual».

PREGON

del XV Concurso-Exposición Nacional de Rosas declarado de interés Artístico Nacional

En 1957, el Centro de Lectura con Radio Reus E. A. J. 11, comenzó a presentar su magnífico certamen rosalístico por boca de ilustre Pregonero. Sin interrupción hemos llegado al presente año cuyo micrófono de honor ha sido ofrecido al laureado poeta, Vocal de la Sección de Literatura y ganador del último premio Ciudad de Barcelona, de poesía catalana, por su libro „Ales d'argila“, D. Oleguer Huguet.

He aquí el texto del pregón, radiado el domingo día 29 de abril:

„El alma catalana —según texto de Maragall que José Plá, magistralmente ha comentado no hace mucho— es pirenaico-mediterránea. Los adustos Pirineos descienden en pétreo oleaje, apaciguándose a medida que se aproximan al dulce mar latino, de claro horizonte: en el horizonte del mar hay las dos claridades de Italia y Grecia. El alma catalana es adusta y bella“.

Si consideramos la definición con el pensamiento puesto en la inefable conjunción que se da en nuestro „Camp“, habremos de convenir que es auténticamente luminosa. Sobre todo si asociamos la idea de mar y de montaña a la del viento característico respectivo: „llevant“ y „serè“.

Es el secreto de los vientos y la rosa. Un secreto a medias para ser dicho a plena voz. El viento que viene del mar, como es la estampa bíblica de Elías, aligera la arcilla de las ánforas que soñara la tierra sedienta. El que desciende de la sierra, en cambio, aspira a ser caballo de las olas y a levantar polvaredas de espuma. Y antes ya de llegar a la playa, agita el „peix“ que el avellano tiene cogido por las agallas sanguinolentas. En el lugar preciso donde se cruzan ambos caminos hallaréis, amigos de otras tierras, la Ciudad de las Rosas.

Esta ciudad llegó a sentir tan al vivo en su tierra la lejanía del mar, que intentó abrirle un surco muy ancho para que el mar lo sembrara de velas. La Ciudad soñaba caminos floridos de caracolas y de sal. Y el mar no quiso la haldada de sus amapolas. Ella, no obstante, no ha renunciado a poseer la claridad. Y se le va acercando, cada vez más, con la bandada incontenible de unos hijos que muestran, ávidas de azul marino, las ventanas de sus casas recién construídas y blancas de cal.

El „pétreo oleaje“, es susceptible de ser contenido. Hay una fuerza capaz

de „mover“ las montañas. Y la Ciudad, que va colgando corazones y manos de cera en las paredes de la casa de la Madre —de la „Mare de Déu de Misericòrdia“— conserva, intacta, la Rosa que floreciera en la mejilla de una doncella que apacentaba claridades de un prado mientras la vida, como una lámpara sin aceite, se extinguía en la villa apestada.

Es el eje de una tierra luminosa donde el payés y el pescador se dan la mano mientras la arena de la playa cambia por pámpanos sus estrellas y la encina, movida por la brisa marina al borde mismo del despeñadero, siente en el tronco un anhelo de barca. Es la Ciudad que ostenta, por emblema, un campo de plata y la levedad de una rosa.

Las riquezas, en plural, se suelen amontonar y esconder. (Quizá sea por ello que han estado, de siempre, tan expuestas al moho y al hurto). La belleza, en cambio, es una cosa singular: se muestra y se da. Imprescindible en la fructificación de nuestros avellanos, el viento se ha cruzado con el agua bendita de la lluvia. La Ciudad —que lo es del campo y del „Camp“— se encuentra con la tierra en la prolongación festiva de la Pascua en flor y en campana de Gloria. En cada árbol renacido se cobija una esperanza de vuelo, de sombra y de fruto. Y la Primavera se anuncia en la acústica del cuco y del grillo. El lirio fué del agua y el tomillo, del monte. La rosa, como la estrella y la golondrina, está sujeta a lo alto por un hilo invisible. Y el cielo nuestro —nadie lo ignora— suele llevar el sello del „serè“. Cuanto más fuerte el viento que viene de lejos y pasa, más intenso, después, el azul que da cobijo al renovado prodigio de la flor. De la flor que se muestra y se da —una y múltiple—en el Concurso-Exposición del Centro de Lectura.

„XV Concurso-Exposición Nacional de Rosas. Declarado de interés Artístico Nacional. Centro de Lectura. Reus. Del 6 al 8 de mayo de 1962“. Eso dice el folleto que ha difundido las bases del Certamen. Nosotros quisiéramos colgar, en las encrucijadas de los aires, un cartel en el que aparecieran, sobre el escudo de la tierra que cantara Maragall, el libro y la rosa de la Entidad que organiza esta fiesta del espíritu. Y al decir rosa no queremos referirnos, en modo alguno, a la que disecan los folios de un libro cerrado; sino a la rosa viva e inmarcesible. A la que esparce su frescor y su perfume sobre las páginas del libro abierto a los ojos de todos.

La colectividad que empieza su Fiesta en honor del Clavario del Cielo con un cortejo en el que danzan gigantes de todas las razas, mide el ámbito de su proyección espiritual con la raíz de su localismo. Y la grafía, ecuménica, inteligible para los hombres de todas las tierras, es la rosa. La que hallaréis, más o menos estilizada, en escaparates comerciales y señales de tráfico, en la elástica de los deportistas, en el guión de cada grupo de danzantes, en el pecho de los guardias y en el blanco impoluto de la bandera de la Ciudad.

Es seguro que el agua y la sal de la hospitalidad serán permutadas, cordialmente, por la comprensión y la estima de cuantos traspongan el círculo azul del mar y la montaña que rodean nuestro „Camp“. Y de los hermanos que en él conviven con nosotros. Y es probable que algún visitante, por auténtica benevolencia, llegue a preocuparse por la continuidad del milagro de las rosas mientras cruza, de vuelta, los campos ubérrimos. No temáis. Sabed desde ahora, y con ello habréis dado en el blanco de nuestra avellana, que es a fines de septiembre, recién cogida esta cosecha de la tierra, cuando la Ciudad, de puntillas y con los ojos entornados, aspira, todos los años, el renovado perfume de la Rosa del milagro.

Oleguer Huguet.